
3 1761 06639137 6

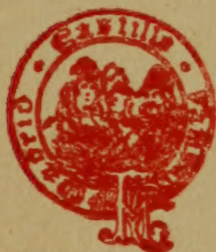
LA NOCHE DE LA VERBENA

ANTONIO CASERO

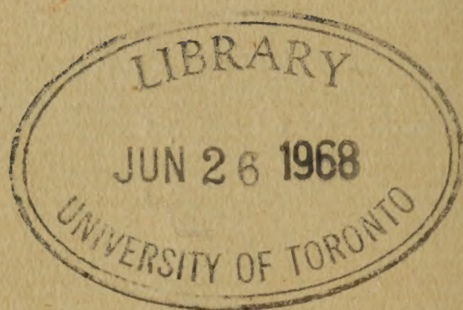
LA NOCHE DE LA VERBENA

SAINETE

ESTRENADO EN EL TEATRO DE APOLO DE MADRID EL 21 DE MAYO DE 1919, EN LA *FIESTA DEL SAINETE* ORGANIZADA POR LA *ASOCIACIÓN DE LA PRENSA*



MADRID
SAÉNZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES
1919



R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 dup.

A LA MEMORIA DE

D. CÁNDIDO LARA Y ORTAL

En los momentos plenos de emoción del estreno, al oir los aplausos con que el benévolo concurso acogía LA NOCHE DE LA VERBENA, yo evocaba el recuerdo de uno de mis más ilustres y queridos amigos, del inolvidable don Cándido Lara, y honda melancolía apoderábase de mi espíritu al pensar que ya nunca más me acompañaría en estas jornadas aquel hombre tan bueno y cariñoso, que se complacía, como en cosa propia, con el feliz éxito del humilde sainetero.

¿Cómo ha de olvidar éste el cariño paternal que D. Cándido le tenía, dándole alientos y esperanzas en su labor teatral?...

Eterna será la memoria de aquel simpático madrileño que con su hombría de bien y su laboriosidad llegó a ser Excelentísimo señor, senador vitalicio, y lo que es aún más hermoso y admirable, benemérito protector del arte escénico, dedicando al teatro que él fundó todos sus amores y entusiasmos, para que fuera, como ha sido siempre, heraldo del arte más puro y exquisito.

¡Bendita sea la memoria de los hombres que tan generosamente dedicaron su vida al trabajo y al ideal!

ANTONIO CASERO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN.............	María Palou.
PEPA................	Leocadia Alba.
SEÑÁ SUSANA......	Virginia Alverá.
SEÑÁ MARGARITA..	Amalia Sánchez-Ariño.
ROSA................	Carmen Ponce de León.
PETRILLA...........	Elisa Méndez.
UNA CHIQUILLA....	Pilar Fernán Rubio.
ANTONIO...........	Luis Manrique.
SEÑOR JULIÁN......	José Isbert.
SEÑOR MATÍAS.....	Miguel Mihura.

La acción en Madrid y en la barriada de la iglesia de la Virgen de la Paloma

CARMEN

Es mujer humilde; ha sufrido mucho. Se quedó ciega y lleva su desgracia con gran resignación. No quiere oir penas; con su alegría trata de animar a los que la quieren y sufren por ella. Al principio de la obra vestirá el traje de artesana con gran corrección y cuando lo marque el diálogo se ha de engalanar con un buen vestido, y ha de lucir ricas joyas, que al fin es la esposa de un hombre rumboso, maestro de obras que gana mucho dinero y no le duele gastarlo.

PEPA

Cumplió los 50; a postinera la ganarán, pero a mujer decidida y chulapona... ¡me pae que no! Viste el traje de artesana de los madriles, y le da 70 reales al que encuentre en su ropa una mancha o un rasguño.

SEÑÁ SUSANA Y SEÑOR JULIÁN

Viejecitos alegres, que aunque están bordeando sus 75 primaveras, aún tienen desplantes juveniles: ella con un pañolón de Manila, que apenas puede llevar sobre sus hombros, con sus típicas arracadas de oro y diamantes rosa, y muy refinados los pocos cabellos blancos que aún la quedan; y él engalanado con lo mejor del baúl, un traje de corte antiguo que guarda con alcanfor para las grandes solemnidades, y un sombrero hongo pasado de moda; tratan de conservar la tradición, y van de verbena; para disimular sus alifafes derrochan la poca alegría que les queda. Han de presentarse simpáticos y animosos.

SEÑÁ MARGARITA

Tipo de fiadora madrileña, con su mantoncillo de crespón y bien calzada.

ROSA

Representa unos 30 años; tipo de obrera con un mantoncillo de color de ala de mosca, y una indumentaria como de haber perdido las ilusiones de lucir el tipo.

PETRILLA

Una chavala alegre; es peinadora y va por esas calles luciendo su palmito y enredando corazones en los flecos de su mantoncillo de crespón.

UNA CHICA

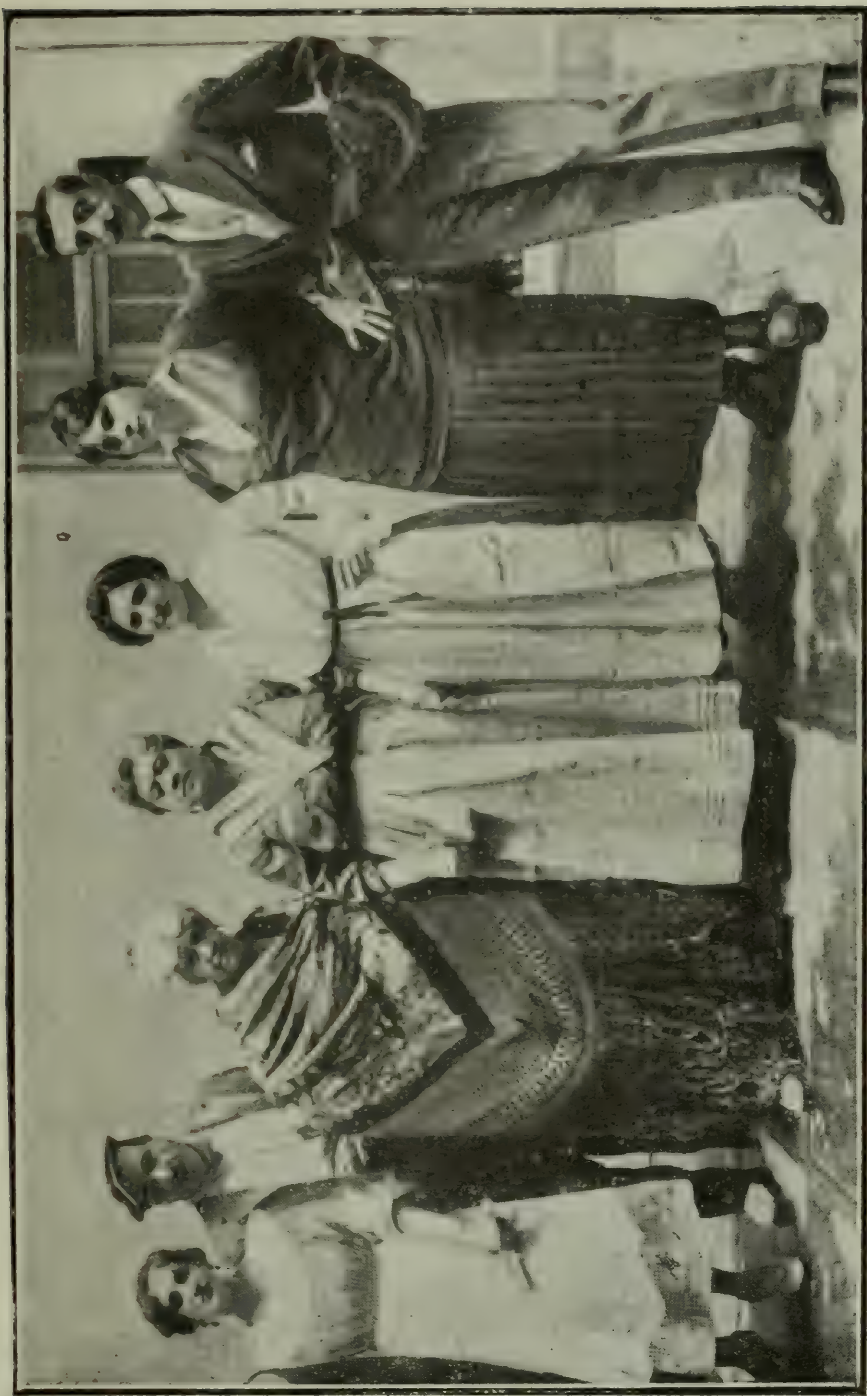
Pues... eso, una chica muy resuelta para decir las cuatro palabras que la tocan en el reparto.

ANTONIO

Hombre joven, curtido por el trabajo y atropelladillo por las juergas; viste bien, con relativa elegancia, luce una espléndida sortija. En su modo de hablar se ha de ver siempre al obrerillo madrileño que llega a ser maestro en su arte.

SEÑOR MATÍAS

Un obrero de 50 años; traje de albañil y una americanilla oscura. Habla muy reposadamente y se ve a la legua que ha nacido en Chamberí o en Lavapiés.



LA NOCHE DE LA VERBENA

Un gabinete puesto con relativo lujo. Es la casa de un maestro de obras adinerado. Al foro centro, puerta; en el lado derecho, y ochavado, un amplio mirador con macetas de claveles, hortensias y albahaca. Al foro y a la izquierda de la puerta, un magnífico armario de luna. Puerta a cada una de las laterales primer término; la puerta derecha da entrada al despacho de Antonio, y la puerta izquierda a las habitaciones de Carmen. En ambas puertas colgaduras; en el ángulo izquierdo, un artístico velador con figuras de porcelana y «bibelots»; en las paredes cuadritos al óleo y en sitio visible un diploma. Sillas, butacas, una silla baja· un magnífico aparato de luz eléctrica pende del techo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, aparecen en la puerta del foro PEPA y ROSA. Después SEÑOR MATIAS

PEPA

Pasa, hija, pasa, que tú eres como de la familia.

ROSA

Ya hacía tiempo que no les veía a ustés.

PEPA

Ya, ya, te vendes mu cara.

ROSA

Es que entre la fábrica y mi hombre, no tengo tiempo pa na; y ahora vengo un momento na más, porque tengo que dar la cena al mío.

PEPA

Pero siéntate, mujer, siéntate.

ROSA

No, señora, y a lo que vengo, vengo; pero oiga usté, ¿es que la Carmen s'ha quedao ciega? (Dando a la pregunta gran emoción.)

PEPA

¡Sí, hija, sí! ¡Ciega de los dos ojos!

ROSA

Pos, bien sabe Dios, que yo no he sabío na, porque bien lo sabe Dios, y bien sabe Dios que lo siento.

PEPA

Ya lo sé, mujer.

ROSA

Pero, ¿y cómo ha sío eso?

PEPA

Qué sé yo, el sino perro, las cosas, los disgustos, to ha influído.

ROSA

Bien sabe Dios que si yo lo hubiera sabío, vengo a verla, bien lo sabe Dios; tan joven, y tan guapa, y tan regodeá de la vida, ¡no semos ná!

PEPA

La desgracia no respeta clases.

ROSA

Calle usté, por Dios; vengo traspasaíta de pena; vamos, cuando me lo han dicho a eso de las cinco, me he quedao estupeflata, bien lo sabe Dios.—Que no, le dije al mío—que sí mujer—que no es posible—que te digo que la Carmen s'ha quedao ciega de la vista.

PEPA

¡Sí, hija, sí, ciega de la vista! ¡aquellos ojazos tan hermosos que fueron el encanto del barrio ya no brillan más!

ROSA

¿Y los médicos qué dicen? porque la habrán visto los médicos.

PEPA

Sí, ha dao esa casualidad; la han visto toas

las eminencias, porque aquí no se escasea na; él, como sabes, es maestro d'obras, y lo gana.

ROSA

¿Y qué dice a esto su marío?

PEPA

Su marío no dice ná.

ROSA

¡Qué pena! ¿y su familia de ella, qué dice?

PEPA

¿Qué quiés que digan? ná.

ROSA

¡No es pa menos! Y ella, la pobre, ¿qué dice?

PEPA

Tampoco ná.

ROSA

¡Válgame Dios! ¿y usté qué dice?

PEPA

Yo, ná.

ROSA

Vamos, sí, que están ustés d'acuerdo. ¡Miste que ciega! Claro, no querrá ver a nadie.

PEPA

Lo lleva con resignación.

ROSA

¡Cuando íbamos a la fábrica las dos! ¿s'acuerda usté?

PEPA

Algo m'habeis hecho de rabiar en este mundo.

ROSA

¡Qué alegría la suya! A su lao no había penas; salíamos de la fábrica de tabacos y había que verla por aquella calle d'Embajadores dándole coba a la gallinejera *de Mira el Sol* pa sacarla media docena en diecito; y por la noche por agua a la Fuentecilla, y a charlar con los novios; ella hablaba entonces con Benito el curial, y yo con el qu'es hoy mi verdugo, que por aquel entonces era un San Cosme que salía todas las noches de la Parroquia con permiso del sacristán, y luego m'ha resultao un San Robespierre que me está haciendo pasar la vida en la caña como los canarios.

PEPA

Ah, pero... (Acción de beber y pegar.)

ROSA

Es un corrosivo.

PEPA

¿A qué trabaja?

ROSA

Anda metío en eso del no sé qué del Comité del distrito, de no sé cuál, pero en la cédula se pone carpintero, por coquetería.

PEPA

Entonces, ¿le mantienes tú?

ROSA

¡Qué voy a hacer!, es un gato más que tengo en casa; al fin es el padre de mis chicos.

PEPA

¿Cuántos tiés ya?

ROSA

Cinco, y pa marzo hay títeres.

PEPA

¡Pos si te llega a salir trabajaor t'arruina!

ROSA

¡Qué buen humor tié usté! Pos el de la Carmen creo que es también de veinte escogido.

PEPA

¡Ahí le duele! El era bueno, empezó a maes-

trear, a ganar dinero, y lo que son los hombres, hoy con una, y mañana con otra, y esta pobre pasando el sino y despreciá, siendo ella más bonita que toas las galápagas del margen.

ROSA

¡Por qué los tendremos tanta ley!

PEPA

¡Cosas de papá!

ROSA

¿Cómo de papá?

PEPA

Sí, hija, del señor Adán, que aunque no hubiera venío al mundo, maldito la falta c'hacia, ¡amén!

ROSA

Vamos, déjalo en real y medio; pos si no es por papá, ¿qué hubiera sido de mamá? ¡nos hacen mucha sombra!

PEPA

Pos en esa corridita he tomao billete de sol.

ROSA

Pero, cómo, ¿y el señor Cipriano?

PEPA

¡Se fué al otro mundo!

ROSA

(Con mucho asombro.) Pero, ¿cuándo? Vive una en el Lilipú, ¿pero cómo no nos ha mandao usté esquela?

PEPA

No, si no s'ha muerto, pero se fué de casa con media lagartijera; una noche me lié a escobazos con él, y al día siguiente se fué a Buenos Aires, y m'ha dejao que, gracias a la Carmen y a su marío, que me tienen aquí de ama de llaves y hecha una reina, que si no me ves por las esquinas con unas gafas negras y un perro flaco, cantando el «Relicario.»

ROSA

Usté siempre quiso mucho a la Carmen.

PEPA

¡Como a una hija! ¡Y hoy, cuando la veo se me parte el alma!...

ROSA

¡Hay que llevarlo con paciencia!

PEPA

¡No sabes tú lo que se ha sufrío en esta casa!

ESCENA II

DICHOS y el SEÑOR MATIAS que aparece puerta foro

SEÑOR MATÍAS

¿Está el maestro? (Entra.)

PEPA

Ahí está en su despacho, trabajando.

SEÑOR MATÍAS

Aquí le vengo a dar cuentas.

PEPA

Pos, pase usté.

SEÑOR MATÍAS

(A Pepa y dándole un golpecito.) ¡Hola, comadre!

PEPA

(Idem a Matías.) ¡Hola, compadre!

SEÑOR MATÍAS

(Fijándose bien en Rosa y algo escamadillo.) Yo me parece que conozco aquí, a la joven. (Mirándola.)

ROSA

Sí, señor, soy la misma. No enferme usté de miopía.

PEPA

¿Se conocen ustés?

SEÑOR MATÍAS

Tengo una leve idea.

ROSA

(A Pepa.) Aquí, don Tancredo, que una vez que pasé yo a su lao se le distrajo la mano, y yo le respondí a vuelta de correo, y con sello de alcance; total un leve golpe.

SEÑOR MATÍAS

Y que por lo visto debe usté hacer gimnasia sueca, porque me hizo usté pupa.

PEPA

Ay qué gracioso, pos ese era el argumento por fresco; es mu libertino aquí el doncel.

SEÑOR MATÍAS

(Haciéndola una fiesta.) Y usté una yema de las monjas pascasias.

PEPA

Calle usté, menestral, que paece que le ha modelao la cara Judas, que s'ha metío a escultor.

SEÑOR MATÍAS

No ponga usté reparos, que aún tengo buen ver.

PEPA

Ya lo creo, como la Armería Rial, con papeleta, y los días no feriaos.

SEÑOR MATÍAS

Pos usté no me mira con malos ojos, comadre.

PEPA

Vamos, ¿qué te parece aquí, el albañil, que está como metío en harina pa echarlo en la sartén?

SEÑOR MATÍAS

Y qué rico pa un hambre, madre.

PEPA

M'ha prohibido el doctor la carne de cerdo, hijo; vamos, ande, ande, que le espera el maestro.

SEÑOR MATÍAS

Ya voy, déjeme que me despida d'aquí, de la dadora. (Acción de pegar.) Tanto gusto. (Dándola la mano y al ver que Rosa no le da la suya.) Ah, pero ¿no me da usté la mano?

ROSA

La tengo a réditos.

SEÑOR MATÍAS

Pos, dispensar si he faltao. (A la puerta del despacho.) ¿Se pué pasar? (Pausa y entra.)

ROSA

¿Usté sabe el pellizco que tiró?

PEPA

¡Los conozco!

ROSA

Güeno, señá Pepa, yo la dejo a usté.

PEPA

Pero, ¿qué prisa tiés?

ROSA

Sí, porque he dejao en casa solas y a la lumbre unas patatas viudas.

PEPA

¡Infelices, solas y viudas! Hasta pa ser patata hay que tener suerte. ¿Y te cocinea el tuyo?

ROSA

El cocido le pone bien, pero cuando se mete en filigranas, estropea el guiso.

PEPA

Tú eres una ansiosa, tiés un marío que es

una criada de cuarenta reales, y te quejas. (Dentro.) ¡Pepa!

ROSA

¡Ya voy, Carmen, ya voy! La diré que estás aquí.

PEPA

No la diga usté ná, que no quió verla así; ¡voy a pasar mal rato!

ROSA

Como tú quieras.

PEPA

Adiós, adiós; ya vendré más despacio; dela usté un beso de mi parte. ¡Pa cuándo son los milagros, Dios mío!... Adiós, señá Pepa... (Vase llorando.)

ROSA

Anda con Dios, hija.

ESCENA III

PEPA y CARMEN que aparece en la puerta lateral izquierda. Pepa va rápidamente a su encuentro. A poco PETRILLA

CARMEN

Pepa.

PEPA

Ya iba yo, hija. (Cogiéndola de la mano cariñosamente)

CARMEN

¿Con quién hablaba usté?

PEPA

Pos, ¿con quién dirás? Con la Rosa que venía a verte.

CARMEN

¿La Rosilla? ¿y cómo no ha pasao?

PEPA

Tenía prisa; dice que volverá.

CARMEN

Estará muy guapa.

PEPA

Lo fué; ahora parece procedente de un saldo.

CARMEN

¿Y qué vida lleva?

PEPA

Pos, con cinco chavales, y un marío que le ha tocao en una rifa.

CARMEN

¡Pobre! Ha sío muy simpática y muy decidida; misté, una tarde al salir de la fábrica nos siguió un vejete; él, venga de mirarnos y decirnos tonterías, y la Rosa, venga de mirarle, y de suspirar.—¡Que se lo vas a hacer creer!—la decía yo.—Toma, y el viejo se remozaba, y yo llegué a tomar en serio aquella broma; de pronto, y cuando el vejete estaba más acaramelado con aquellas miradas, y después de haberle hecho pasear to el barrio detrás de nosotras, al llegar al Campillo del Mundo Nuevo, y a la que atardecía, va la Rosa y se vuelve y le dice:—Caballero, ¿me permite usté que le dé un beso?—Con mil amores—repuso el viejo vencedor—y ella, colmándole de besos y abrazos le decía:—¡Ay caballero, le vengo mirando hace una hora y es usté el mismo retrato de mi pobrecito abuelo que en gloria esté.—Y como una loca, venga besos y vaya abrazos y apretujones, y el viejo:—¡Por Dios, que sujeten a esta nieta amantísima!—Y mientras el fracasado Tenorio recogía su sombrero y buscaba sus gafas, nosotras echamos a correr por la de Arganzuela muertas de risa, y comentando la broma de aquel diablo con cara de ángel.

PEPA

Sí que fué pesá, porque con las gafas perdió el vejete las ilusiones.

CARMEN

Era la Rosa muy simpática por aquel en-

tonces, pero, claro, vienen los años y con ellos las penas... ¡ya ve usté yo! (Con amargura.)

PEPA

Bueno, bueno, cambia de disco. (Dándola ánimos)

CARMEN

Es verdad, aquello pasó. ¿Y mi Antonio?

PEPA

Sigue ahí, en su despacho trabajando.

CARMEN

¡Dichoso trabajo!
(Aparece Petrilla alegre y pizpireta en la puerta del foro.)

PETRILLA

¿Dan permiso?

PEPA

(A Carmen.) La Petrilla la peinaora.

CARMEN

Pasa, diablillo, pasa.

PETRILLA

(A Carmen.) ¿Cómo va eso?

CARMEN

Muy bien.

PEPA

(A Petrilla.) Ya que has venido voy a dar un vistazo por ahí dentro.

CARMEN

(A Petrilla.) ¿Está muy animao el barrio?

PETRILLA

La mar, cada año parece que hay más alegría.

CARMEN

Dios se la conserve a todos.

PETRILLA

Y qué rareza, peinarse usté a estas horas.

CARMEN

Mi marío que quié verme mu guapa, y mu repeiná; pero, mira, no haces más que sujetarme un poco el pelo. (Carmen se sienta y Petrilla, sacando los utensilios de peinar, se dispone a sujetarle el pelo.)

PETRILLA

¿Va usté de verbena? (Arreglándola el pelo.)

CARMEN

¡Eso se acabó pa mí! También cuando era chavaliya y mis ojos brillaban como luceros

tuve mi cartel; yo no sé si era guapa, u si buena moza, lo que sí puedo decirte que la chavalería del barrio andaba revolucioná por mi silueta y me decían cositas al pasar que, francamente, me sonaban muy bien.

PETRILLA

(Sigue peinándola.) Pos, ahora la dicen a una cá frase que hay que contestarles con el Código civil. (Dándole un tirón.)

CARMEN

Caray, pero no lo pagues con mi pelo. ¿Y está muy animá la verbena?

PETRILLA

Muchísimo; dé usté luego una vuelta; en el patio de mi casa hay *pombia* y limoná, vaya usté por allí un ratito, vaya usté.

CARMEN

(Con gran amargura.) ¿Dónde quieres que vaya la pobre ciega?

PETRILLA

(Suspirando.) ¡Es verdad!

CARMEN

(Queriendo no acordarse de su desgracia.) A otra cosa. ¿Y qué tal tu novio?

PETRILLA

No m'hable usté de mi novio que m'ha resultao un «bolcheviki» del amor, y le he puesto a diez bajo cero.

CARMEN

¿Cómo dices?

PETRILLA

Al fresco como los botijos.

CARMEN

(Riéndose.) Muy bien hecho; con los hombres poquitas deudas que luego se cobran con intereses; ¡vaya con tu novio, y parecía tan...!

PETRILLA

¡Sí, tan!... ¡Pos no pedía na! El capítulo de una novela romántica.

CARMEN

Me lo figuro: una noche oscura, una calleja, un silbido; tú que sales embobalicá; él que te espera y... ¡tranlarón!

PETRILLA

Como pa buscarme una celda en las Arrepentidas.

CARMEN

¿Y qué se hace ahora?

PETRILLA

Pos ahora está mu bien colocao; es panderetólogo d'una estudiantina.

CARMEN

¡Ay, hija, pues que se haga tarjetas! Sí que te has buscao un porvenir; de comer no se sabe na, pero de zumbarte la pandereta no t'ocupes; ni el tío del oso.

PETRILLA

(Riéndose.) Qué buen humor tié usté.

CARMEN

Buenísimo.

PETRILLA

Yo ya he terminao; si quié usté alguna filigrana más me lo dice.

CARMEN

Espera que me mire en el único espejo que me queda en el mundo. (Petrilla ayuda a Carmen a levantarse y ésta se dirige a la puerta lateral derecha, donde se supone está el despacho de Antonio.) ¡Antonio!

ANTONIO

(Dentro.) ¿Qué quieres, morena?

CARMEN

(Desde la puerta.) ¿Te gusta el peinao?

ANTONIO

(Saliendo a la puerta y dándola un golpecito en la cara.) ¡Estás guapísima! (La abraza y vuelve a entrar.)

CARMEN

(A Petrilla.) Pos ya lo oyes, dice mi marido que estoy guapísima.

PETRILLA

Pos entonces que no haiga nengún aquel.

CARMEN

¿Te faltan muchas?

PETRILLA

La buñolera: pero a esa la llevo el peinao a su casa.

CARMEN

¿Cómo?

PETRILLA

La peino en casa la peluca, y se la voy a colocar después.

CARMEN

Pues anda con Dios, chica, y que te diviertas y que te zumbe poco el panderetólogo.

PETRILLA

Me parece que no se polquea conmigo esta noche. (Vase.)

CARMEN

Anda con Dios. (Dirigiéndose a la puerta del despacho.)

ESCENA IV

CARMEN, ANTONIO y el SEÑOR MATÍAS

CARMEN

(A Antonio desde la puerta.) Pero, déjate ya de trabajar.

ANTONIO

(Saliendo del despacho con el señor Matías.) Na, chica, que no salen las cuentas, y este Matías, que le tié uno allí en la obra de persona de confianza, la da de lila perdío.

SEÑOR MATÍAS

Diga usté que no, maestra. (Matías saca un papel donde sigue echando cuentas, que a juzgar por los gestos que hace, no le salen bien.)

CARMEN

No te enfades, hombre.

ANTONIO

(Con mucho mimo.) Quita, tonta, si no me enfado, y contigo, Dios me libre. (A Matías.) Faltan cuatro portes, y esas tres carretas de ladrillos recochos no aparecen por ninguna parte: y le dice usté al carpintero de taller que la madera de los montantes está reseca: y al maestro vidrios, que avive, que se echa el plazo encima: y usté cuidao con los ladrillos.

SEÑOR MATÍAS

No estés ocecao: no creerás que mojo ladrillos en el chocolate; es que en esto de las cuentas se enreda uno en un cuatro y no sale uno de él. (Todo este tiempo estará Carmen cogida al brazo de Antonio.)

CARMEN

Sobre tó, que no quiero que te calientes más la cabeza, ¡tanto afanar!

ANTONIO

Es que estos obreritos se creen que lo roba uno, y que si llega uno a lo que llega uno es porque sí; y yo he sío obrero como ellos, y he ido con mi blusilla y mi tartera, a la que amanecía, al currelo, y he aguantao la helá y el sol.

CARMEN

Eso; y a las doce iba yo a buscarte con el piri mu amarillito, y al pie de la obra nos lo comíamos, y pa postre me dabas un pellizco que me sabía a gloria.

ANTONIO

Es verdaz, chiquilla. Bueno, bueno, anda, arréglate. (Llevándola mimosamente del brazo hacia la puerta lateral izquierda.)

CARMEN

Pero, ¿qué pretendes que tan engalaná me quiés ver?

ANTONIO

Es que esta noche es la verbena de nuestro barrio y aunque no salgas quiero verte arreglá.

CARMEN

¡Mi verbena de la Paloma! (Mutis.)

SEÑOR MATÍAS

¡Pobre! ¡Con qué resignación lleva su desgracia!

ESCENA V

ANTONIO y SEÑOR MATÍAS

ANTONIO

(A Matías.) Hay que espabilarse, Matías; esto no pué ser; las cosas están malas, los materiales caros.

SEÑOR MATÍAS

Coste que no te voy a pedir na, hombre, y

eso que muchas veces por vergüenza y respeto no te pido un pitillo.

ANTONIO

Eso es que quiere usté fumar.

SEÑOR MATÍAS

Hombre, ya que tan espontáneamente me lo ofreces, me tragaré el humo en obsequio a los forasteros.

ANTONIO

Ahí va un emboquillao. (Saca de la petaca y le da un pitillo emboquillado.)

SEÑOR MATÍAS

(Mirando el pitillo y fingiendo indignación.) Vamos, ¿ves? pa darle en la cara al «Vihuela»: ¿pos no me discutía a mí anoche que tú no fumabas emboquillaos? Has el favor de darme otro pa enseñárselo luego a ese charrán.

ANTONIO

(Que ha visto el juego y volviendo a sacar la petaca.) Ahí va; tome usté media docena, y no s'acostumbre usté a estas gollerías, que luego va usté a pedir en el primer mitin menos horas de trabajo y una rueda d'emboquillaos.

SEÑOR MATÍAS

¡La c'a ti se te vaya, pinchi! Güeno, y a otro

asunto. (A Antonio con misterio y tomando precauciones para no ser escuchado por nadie.) Tenemos chapuza.

ANTONIO

¿Qué pasa? (Con gran curiosidad.)

SEÑOR MATÍAS

Pos que a la que ponía yo el farolillo en la valla de la obra, se presentaron mu emperejilás Pepa, la «Faroles» y cuatro estandartes más con el conque de verte y de que las obsequiaras esta noche, y allí esperan.

ANTONIO

Bueno, pues va usté y le dice a la «Faroles» que se acabó la mecha; y a los estandartes que la acompañan, que no es por ahí la procesión.

SEÑOR MATÍAS

Están emperrás en que las lleves por ahí pa mover el tipo al compás d'un chotis, y a beberse contigo tres copas a modo: ya las he dicho lo que pasa; que no estás pa na; que t'has jugao el buen humor al mús y te le han ganao con treinta y una de mano: y ellas s'han sonreído y m'han cantao el fado treinta y tres, y m'han dicho que te diga que te esperan en la casilla de la obra.

ANTONIO

Alívielas pronto de allí, que esas son aves

de mal agüero y capaces son de embrujar la casa y de que no lleguemos a poner la bandera de la obra con felicidad.

SEÑOR MATÍAS

Dicen que como están en rústica, les hace falta «pasta». (Dinero.)

ANTONIO

(Saca un billete de la cartera y dándoselo a Matías.) Tome usté.

SEÑOR MATÍAS

¿Un billete?

ANTONIO

Sí, un billete; que se lo gasten a sus anchas, y fíjese usté bien: dígalas que es el último que tiro al arroyo. (En este momento Carmen, que iba a salir, se detiene y se oculta para escuchar.) Que esa pobre santa que tengo por mujer ha sufrío mucho por mí. (Carmen asintiendo.) Que los celos acabaron con su juventud y las lágrimas nublaron sus ojos: que ya es hora que me entregue a ella en cuerpo y alma, a ella, que fué la que me quiso cuando yo era un oficialillo d'albañil, y ella una obrerilla más hermosa que un sol, y más bonita que un capullo tempranero: dígalas a esas... malas mujeres, que está bien la cosa, que ya fueron muchas locuras las mías, y, que mi pobre mártir s'ha quedao ciega de tanto llorar por mí: que vayan benditas de Dios; que me dejen en paz, y que tengan

una vez siquiera corazón, que yo ya no vivo en el mundo pa nadie más que pa mi mujer, pa la mía, pa la que se arrodilló conmigo en el altar, pa la que vive ciega de amor por mí. Dígalas eso, Matías; dígalas eso y échelas, pa que se diviertan, ese billete como el que echa un mendrugo a un perro.

SEÑOR MATÍAS

¿De modo que?...

ANTONIO

De modo que ná.

SEÑOR MATÍAS

Si te chillan los oídos es que t'han llamao una cosa muy fea.

ANTONIO

Aquel albañilito pinturero pa con las mozas, y marchoso y juerguista, s'acabó pa siempre: hoy, mi cieguecita, y ná más que mi cieguecita. (Llorando.)

SEÑOR MATÍAS

(Enternecido.) ¡Déjame que te abrace! ¡Así debe ser! ¡Adiós, chico! (Vase limpiándose las lágrimas.)

ANTONIO

¡Vaya usté con Dios! (Limpiándose unas lagrimillas.)

SEÑOR MATÍAS

¡Así debe ser! (Haciendo el mutis y mirando el billete.) Bueno, de este billete de cincuenta, van a coger esas... moscas tres. ¡Así debe ser! (Vase.)

ESCENA VI

ANTONIO y CARMEN

CARMEN

(Que oyó todo lo que dijo Antonio y mostrando una gran alegría y satisfacción.) ¡Gracias, Virgen mía, gracias!

ANTONIO

Pero, chiquilla, ¿estabas ahí?

CARMEN

Oyéndolo todo, todo;¡ qué alegría! no me engañaba el corazón.

ANTONIO

Picaruela, no sabía que tú escuchabas.

CARMEN

Dios te lo pague; ¡cuánto me hiciste sufrir con tu vida de bullanga!

ANTONIO

Eso pasó. (Muy cariñosamente.)

CARMEN

Sí, es cierto, me lo dice éste, (Señalando al corazón.) que no me engaña. (Se sientan.) ¡Cuánto nos hemos querío!

ANTONIO

Y cuánto nos tenemos que querer; porque yo ahora te quiero más que nunca.

CARMEN

Embustero.

ANTONIO

¡Palabra, Carmencilla, palabra!

CARMEN

(Recordando con alegría tiempos pasados.) ¿Te acuerdas cuando éramos chavales?

ANTONIO

Eso no se olvida.

CARMEN

A la que subía yo por la de Embajadores con mis compañeras de la fábrica, bajabas tú con una blusilla mu blanca y una cara mu morena y mu pícara; yo dije a mis amigas... me da vergüenza decirlo.

ANTONIO

Dilo, tonta.

CARMEN

Pos dije, ¡vaya un modelo de mocito pa un querer; qué simpático es el albañilito!; lo cual que tú lo oiste y contestaste: Pos este albañilito la va a hacer a usté una casita con un cuartito pa los dos, y en el rincón una cunita pa el nene, porque yo tengo que ser el padre de esa criatura que a usté la llame madre.

ANTONIO

¡Lo recuerdo bien! ¡Y tú te reíste y no te supo mal el caramelo.

CARMEN

¡Me supo a gloria! Desde aquel día te quise.

ANTONIO

Nos quisimos, querrás decir.

CARMEN

Justo, nos quisimos mucho, mucho; tú me ibas entregando el jornalillo pa ahorrar pa la boda; yo guardaba aquello como una reliquia. Tó el barrio decía: ¡tié suerte la Carmen! ¡qué chico más bueno! ¡qué trabajador! ¡ese llegará! ¡ese será un hombre! Y yo escuchaba mu fantisiosa aquellas flores que te echaban, con las que me adornaba yo pa pasear por el barrio.

ANTONIO

¿Te gusta recordar aquéllo?

CARMEN

Mucho; como que recordándolo aún se respira felicidad; aquél ir y venir de la fábrica, aquél afanar en el trabajo.

ANTONIO

Aquella bohardilla de la calle de la Paloma, que arreglé yo pa ti con claveles y albahaca, y que parecía un estuche donde se iba a guardar una perla morena que eras tú.

CARMEN

¡Qué bohardillita aquella! cuántas noches de luna y mirando allá lejos, hacia la sierra del Guadarrama, me preguntaste: ¿Me quieres mucho? y yo te respondía: ¡Hasta la pared de enfrente!

ANTONIO

¡Mi Carmencilla!

CARMEN

Y fuimos muy felices.

ANTONIO

Yo empecé a maestrear, a ganar dinero, pa que tú no carecieras de ná.

CARMEN

¡Maldito dinero! Y entonces fué cuando carecí de tó, porque empezaste a ambicionar

lo que antes no ambicionabas, y el pajarillo de aquel nido de amor voló en busca de torres más altas, y te dejaste engañar por las mariposas negras que venían hacia ti atraídas por el brillar de tus sortijas.

ANTONIO

Calla, Carmen, calla.

CARMEN

No, tonto, si eso pasó, si ya lo sé que pasó... ¡Cuántos celos! ¡Cuántas lágrimas! y hoy que te apiadas de mí y que estás a mi lao, ya no te veo...

ANTONIO

Qué importa que no me veas si me llevas dentro de tu alma.

CARMEN

Es verdad, estoy contenta, muy contenta, sí, porque cuando brillaban mis ojos no te veía nunca, y hoy, aunque mis ojos no te vean, te ve mi corazón y te tengo a mi lao, así, junto a mí.

ANTONIO

Junto a ti siempre, mujercita buena.

CARMEN

¡Bendito Dios que con traerme tanta desgracia me dió tanta felicidad!

ANTONIO

Te estás emocionando y habíamos quedado en que ibas a estar siempre alegre.

CARMEN

¡Muy alegre! ¿Cuándo iba a soñar yo con un lazarillo como tú?

ANTONIO

Sí, como yo, bien mío, que te llevaré por el mundo cogida así, de mi brazo, y vé tranquila, que senda de flores ha de ser, mi alma, por donde tú pises.

CARMEN

¡Antoñillo!

ANTONIO

¡Carmencilla! Pero, bueno, anda, que recordando cosas se va la noche; arréglate, y mientras tú te arreglas yo voy a terminar un plano; ponte las alhajas mejores; vamos, ponte como pa irnos a casar de nuevo.

CARMEN

¡Ilusiones!

ANTONIO

¡Pues ahora es cuando me gustas más, chiquilla!

CARMEN

Pues ahora, si es tu gusto, es cuando más me voy a adornar. ¡Miálas, te lo prometo! (Mutis lateral izquierda.)

ANTONIO

(Dirigiéndose lateral derecha a su despacho y limpiándose unas lagrimillas.) ¡Y que aún venga Matías a decirme que está allí la «Faroles»! (Vase.)

ESCENA VII

PEPA y MARGARITA, que entran puerta foro

PEPA

(Dentro y saliendo.) Pase usté, pase usté por aquí, que veamos esta octava maravilla.

SEÑÁ MARGARITA

Güeno, la traigo a usté un pañolón verbenero como pa romper a sudar. (Desata un lío.)

PEPA

¡Ay, hija, a ver si es que me trae usté una tacita de flor de malva en lugar de un mantón!

SEÑÁ MARGARITA

(Mostrando un espléndido pañolón de flecos.) Esto es lo que se dice una alhaja.

PEPA

¡Preciosísimo porque Dios quiere!

SEÑÁ MARGARITA

Este es el último alarido recién llegao de Manila. Parece que lo han bordao los angelitos del cielo; misté qué chino, ¡está hablando!

PEPA

Ya le oigo, pero no se le entiende.

SEÑÁ MARGARITA

¿La gusta?

PEPA

¡Muchísimo!

SEÑÁ MARGARITA

¿Es esto lo que quiere el Antonio pa su mujer?

PEPA

(Con misterio.) Baje usté la voz que no se entere ella; esto es lo que él quiere, y, ¿cómo se llama? (Acción de dinero.)

SEÑÁ MARGARITA

Cinco mil reales.

PEPA

¿Y de apellido?

SEÑÁ MARGARITA

Ni un céntimo menos.

PEPA

Pos sí que tié un nombrecito que se las trae; camará, tié usía.

SEÑÁ MARGARITA

Me paece que le gustará.

PEPA

Mucho, pero hay que cambiarle de nombre.

SEÑÁ MARGARITA

Además, este ha sido de la Dora Galindo, la reina de la rumba.

PEPA

Qué honor pa el gato de casa. (Coge el mantón, se lo pone y se mira al espejo.) La verdad es que un mantón de estos la favorece a una mucho.

SEÑÁ MARGARITA

Y la cae a usté mu bien.

PEPA

¿Lo dice usté porque paece que s'ha caído d'un quinto piso y se m'ha quedao colgao?

SEÑÁ MARGARITA

No, señora; lo digo porque lo da usté mucho aire.

PEPA

La mar de aire, como que los chinos de mis mantones siempre han padecido de tortícolis.

SEÑÁ MARGARITA

Qué epigramática es usté.

PEPA

Oiga usté: que yo he tenío mu güenos mantones y los he sabío llevar.

SEÑÁ MARGARITA

Se ve que hay gracia.

PEPA

Digo que los he sabío llevar al monte cuando nos poníamos a mal con don Amadeo de Saboya; (Acción de dinero.) y el mantón siempre se ha llevao así: (Jugando con él.) caidito d'atrás, ceñidito a los hombros, (Poniéndose en jarras.) sueltecillo, con donaire y déle usté al motor. (Paseándose por la escena con aires flamencos muy exagerados.)

SEÑÁ MARGARITA

¡Y ole!

PEPA

Y ahí va, niños, que sus atropella un *tanke*. y una ¡duro y al movimiento! y ¡agitaros, chinitos, que váis de juerga! (Moviendo el mantón.)

SEÑÁ MARGARITA

Pero que lo maneja usté mejor que Dora Galindo.

PEPA

¿Que Dora Galindo? (Haciendo un desplante con el mantón.) ¡Miau, miau, que me pisas el rabo! No m'hable usté d'eso, que me desmayo; pero si ninguna cupletista de esas que presumen saben llevar el mantón; vamos, dígame usté a mí, si sujeto de este lao y cruzao de este modo, no parezco yo un objeto de una tómbola. (Se ha ido poniendo el mantón muy ridículamente y quedándose en una postura grotescamente flamenca.) ¿Eh?

SEÑÁ MARGARITA

Tié usté razón.

PEPA

¡Y las diez de últimas! Pos ¿qué me dice usté de cuando parece que se lo lleva un vendaval? (Da al mantón muchas vueltas como hacen las malas cupletistas.)

SEÑÁ MARGARITA

¡Está usté en lo firme!

PEPA

Pos ¿y la suerte de espantar moscas? (Levantando el brazo y haciendo el molinete con los flecos del mantón.)

SEÑÁ MARGARITA

Mucha verdaz.

PEPA

Vamos, ¿qué le parece a usté? Esas damas sueltas por el mundo y el doctor Esquerdo esperando parroquia.

SEÑÁ MARGARITA

Está usté cargada de razón.

PEPA

Pos claro que estoy cargada, ¡porque sí que pesa este mitin de chinos! (Jugando con él. Dándole el mantón.) Tome, tome usté, porque les estoy tomando demasiado afezto a estas gente de coleta.

SEÑÁ MARGARITA

Y está usté más rejuvenecida.

PEPA

Bórdeme usted eso, que m'ha gustao. Espérese usté un poco, israelita, que voy a llamar al pagano. (Dirigiéndose al despacho de Antonio y desde la puerta.) Antonio, oye: ¿puedes salir un minuto, que está aquí la del mantón?

ANTONIO

(Saliendo y al fijarse en Margarita.) ¿Qué tal, maestra?

SEÑÁ MARGARITA

Tirandillo de esta vida perra.

ANTONIO

(Con mucha ironía.) Miste no sea al revés, que la perra vaya tirandillo de la vida.

SEÑÁ MARGARITA

Qué cosas tié usté, maestro.

ANTONIO

Soy muy chusco yo.

SEÑÁ MARGARITA

Qué retiradito está usté ahora del mundo.

PEPA

(Con guasa.) Va pa trapense.

SEÑÁ MARGARITA

Ya no se le ve a usté por la Encomienda.

ANTONIO

Ni a usté por el «bar» del infierno, chamuscando doncellas.

PEPA

¿Por lo visto, conocías aquí, a la portadora?

ANTONIO

La mar; ha venido en las aleluyas.

SEÑÁ MARGARITA

Siempre de buen humor.

ANTONIO

Bueno, ¿dónde está ese mantón?

SEÑÁ MARGARITA

Ahí le tié usté.

ANTONIO

Sí que es bonito.

SEÑÁ MARGARITA

Bonito es poco.

PEPA

(Con guasa.) ¡Ay, hija, pos píntele usté ojeras!

ANTONIO

¿Y cuánto dice que vale?

PEPA

¿Quieres que te prepare tila? Porque te vas a asustar.

SEÑÁ MARGARITA

Hija, no es pa tanto; por ser pa usté cinco mil riales, pero éste no se le lleva ningún goloso ni por seis mil.

PEPA

¡Ay, qué rica! ¡Conocemos ese cuplé!

ANTONIO

Novecientas pesetas y está bien la cosa.

PEPA

(A Antonio.) Oye, tú: c'has ofrecido en gran velocidaz; no tires los cohetes tan de prisa.

SEÑÁ MARGARITA

¿Es usté su institutriz?

PEPA

Soy... su ama seca: en las novecientas está bien.

ANTONIO

Ni un céntimo más.

SEÑÁ MARGARITA

(Con ironía.) Vamos, señor Antonio; no rega-

tee usté, que sé yo de un maestro de obras mu rumboso que se gastó mu güenas pesetas en un mantón pa una fulana.

PEPA

Al señor no le hable usté de la edaz antigua, que le dan vahidos.

ANTONIO

(Sacando de la cartera unos billetes y entregándoselos con desprecio a Margarita.) Ahí va: mil pesetas del mantón y cincuenta pa usté.

PEPA

(A Margarita.) ¿Ha visto usté cómo los lleva? Como los caballitos del circo: en libertá; así, los reparte como los prospectos.

SEÑÁ MARGARITA

(Después de haberlos mirado muy bien mirados y guardándoselos en el pecho.) Dios le aumente la fortuna, y conste que se lo doy a usté en eso porque se parece usté mucho al maestro albañil que me compró el otro. (Con mucho «retintín»)

ANTONIO

(Cambiando de asunto.) Bueno, bueno, señora; que se la enfría a usté la cena.

PEPA

No es decirla que se vaya, pero dé usté recuerdos. (Dándola la mano.)

SEÑÁ MARGARITA

Que lo gaste con salú la pobre y que a los chinos les salgan canas de puro viejos. Adiós, señá Pepa. Adiós, señor Antonio. (Medio mutis.) Tengo dos solitarios d'ocasión que quitan el hipo.

PEPA

Cuando nos asustemos se la avisará a usté por teléfono.

ANTONIO

¡Qué pelma!

SEÑÁ MARGARITA

Lo dicho: suerte, mucha suerte. (Vase Margarita.)

PEPA

Vaya usté con Dios.

ESCENA VIII

ANTONIO y PEPA

ANTONIO

(Contemplando el mantón.) ¿Sabe usté que es precioso?

PEPA

Divino.

ANTONIO

(Con pena.) ¡Con lo que a ella la gusta esto y que no pueda verlo! (Lo tira con desprecio sobre una silla.)

PEPA

¡Sí que es pena!

ANTONIO

Guárdelo usté hasta que nos vayamos, que por cierto (Mirando al reloj.) ya va tardando.

PEPA

(Con gran curiosidad,) ¿Quién? (Guarda el mantón en un armario de luna.)

ANTONIO

Na, una sorpresa que la voy a dar.

PEPA

¿El qué?

ANTONIO

Ya lo verá usté luego.

PEPA

Oye, y ¿por lo visto la amiga te conocía? (Por Margarita.)

ANTONIO

¡Algo la he dejao a ganar! ¡Qué arrepentido estoy de todo lo que he hecho!

PEPA

Más vale así.

ANTONIO

Ya verá usté cómo desde hoy esta casa va a ser la gloria.

PEPA

Y vosotros los angelitos, y yo un querubín más; porque no me negarás que yo soy un querubín de noventa kilos.

ANTONIO

Usté lo que es, es nuestra segunda madre.

PEPA

Y puedes decirlo, porque cada vez que veo a mi Carmencilla... (Llorando.)

ANTONIO

(Abrazándola.) ¡Lagrimitas no, que ella no quiere tristezas a su lao!

ESCENA IX

DICHOS. SEÑOR JULIÁN y SEÑÁ SUSANA

SEÑOR JULIÁN

(Dentro, y con mucha alegría.) ¿Pero c'hace esa gente sosa que no va de verbena? (Salen muy

preparados para ir de verbena, ella con el Manila y él muy pinturero.)

PEPA

¡Arrea, el señor Julián y la señá Susana!

SEÑOR JULIÁN

¿Se pué pasar? Adelante, y aquí estoy yo y ésta, que no semos ninguna majadería rusticana; anda, chica, cólate sin calzador, que dos personas como nosotros alegran el edificio.

ANTONIO

Bien, vecinos, bien, eso es vivir.

SEÑOR JULIÁN

¿Y el tesoro de la casa? (Por Carmen.)

ANTONIO

Preparándose pa ir a ver a la Paloma.

SEÑÁ SUSANA

Mu bien hecho, así se hace.

PEPA

(A Susana.) No se priva usté de ná; lía usté en el mantón de Manila el reuma, y, a divertirse.

SEÑÁ SUSANA

Seremos como vosotros, que sus desayunáis con melancolías.

SEÑOR JULIÁN

Pos, a la que bajábamos d'arriba hemos dicho, vamos a entrar en cá de estos pa que se enteren que esta noche hay garata en el barrio, y además pa que vean que el mantón ha salido de sus posesiones del Congo.

PEPA

Y que le deben tutear en todas las casas de empeño del distrito.

SEÑOR JULIÁN

Como que al pasar por ellas, la dicen los dependientes a esta: «¡Adiós, señá Susana!» Y luego pasando la mano por los bordados replican: «¡Hasta luego, chinitos!»

ANTONIO

Y buen pañolón se gasta usté, abuela.

SEÑÁ SUSANA

Hijo, el de siempre; el que heredé de mi tía que esté en gloria.

PEPA

Cá, su tía de usté está jugando al tute con Caifás.

SEÑÁ SUSANA

Cállate tú, soleta.

PEPA

Este mantón fué un regalo que le hizo Matusalén a una prima de su mujer.

SEÑOR JULIÁN

Menos chuflitas, tú; este mantón es el abolengo de mi familia, y cuando están mal las cosas...

PEPA

Empeña usté el abolengo.

SEÑOR JULIÁN

Y a mucha honra.

ANTONIO

(A Pepa.) No los disguste usté.

SEÑOR JULIÁN

¿Disgustarme yo? ¡Primero habla el gas!

ANTONIO

(A Pepa.) Ahí los tiene usté, el Julián y la Susana.

SEÑOR JULIÁN

Así habéis dao en llamarnos porque semos

mu verbeneros; hay amores y celos mal reprimidos.

ANTONIO

¿Pero todavía hace el candilillo?

SEÑOR JULIÁN

Calla, hombre, calla, que se la ha metío a esta (Por Susana.) tobillera en la peluca, que está anémica por mi perfil la sobrina del cacharrero, y pa qué.

SEÑÁ SUSANA

Y eso es cierto y mú cierto.

PEPA

(Metiendo cizaña.) Y yo sé algo de ese capítulo..
(Antonio se ríe.)

SEÑÁ SUSANA

(A Julián.) Ya lo estás oyendo, me vas a buscar la ruina.
(Antonio y Pepa se ríen.)

SEÑOR JULIÁN

Güena la habéis armao. (A la vieja.) Pero ven acá, tú, inquilina de mi lao izquierdo. (Señalando al corazón.) ¿Quién me va a querer a mí ya, si soy el representante del reuma en España?

SEÑÁ SUSANA

Calla, Juan Tinorio.

SEÑOR JULIÁN

Ven acá, Zulima.

SEÑÁ SUSANA

(Deteniéndole.) Déjame ya; y ahora vas a ir a la verbena con la Cibeles.

SEÑOR JULIÁN

¡Miá que no van a querer los leones!

PEPA

(Convenciéndola.) Vamos, señá Susana.

ANTONIO

(Idem.) Esos son chismes de vecindad, señora, no hay que hacer caso.

SEÑOR JULIÁN

(A Susana, y después de haber insistido en convencerla.) Güeno, pos a ver si voy a tomar yo también en serio lo del carnicero.

PEPA

¡Arrea!

ANTONIO

¡Esto se complica!

SEÑÁ SUSANA

(Con indignación.) Oye, tú, ¿qué es eso del carnicero?

SEÑOR JULIAN

Lo de la falda.

SEÑÁ SUSANA

¿Cómo lo de la falda?

SEÑOR JULIÁN

Sí, sí, no te hagas de nuevas, lo de la falda, sí, lo de la falda.

SEÑÁ SUSANA

Oye, tú, cuidao con la falda.

SEÑOR JULIÁN

Sí, sí, cuando vas a su tienda y te coge el dedito y te dice: «So salá, ¿la quié usté de falda?» Y tú le contestas dando un suspiro: «De lo que tú quieras, y échame un güeso.»

SEÑÁ SUSANA

(Indignadísima.) ¡Esto es una impostura! (Llora.)

PEPA

(A Julián.) No la haga usté de sufrir más, que vamos a tener que ponerla reparos de Jerez.

ANTONIO

No llore, señá Susana.

SEÑÁ SUSANA

¡Decirme a mí que el carnicero!...

PEPA

(A Julián, muy chulonamente, y recordando «La verbena de la Paloma».)

«¡Julián, que tiés madre!»

SEÑOR JULIÁN

(Idem.)

«¡Ya lo sé, señá Rita.»

PEPA

(A Julian.) Consuele usté a esa mujer, que se está derritiendo.

ANTONIO

(A Julián.) Vamos.

(Pepa y Antonio le van llevando cada uno de un brazo hasta ponerle frente a Susana; señor Julián se anima y canta a Susana:)

SEÑOR JULIÁN

«¿Dónde vas con mantón de Manila?
¿Dónde vas con vestido chiné?»

SEÑÁ SUSANA

(Con los brazos en jarras e imitando a la Susana de «La verbena de la Paloma».)

«A lucirme y a ver la verbena,
y a meterme en la cama después.»

SEÑOR JULIÁN

(Abrazándola.) Pos, ¡bendita sea tu cara!

SEÑÁ SUSANA

¡Chiquillo!

SEÑOR JULIÁN

¡Chiquilla! (Abrazándose.)

PEPA

(Separándolos.) ¡La escena del *Tenorio*, no!

SEÑÁ SUSANA

Cállate tú, ¿dónde tiés tú el amor?

PEPA

Pasao por agua; se le presté a una amiga pa un *chotis* y tomó un tercera pa Buenos Aires.

SEÑOR JULIÁN

Esto es quererse, y no ahora que está la juventud tupinambizá.

ANTONIO

Eso sí es cierto.

SEÑOR JULIÁN

Pos claro que es cierto; si ahora tó se vuelven «bares» y «tupis» y «super-tangos» y «super-tes» y «super-mokas», no veo lo super. Ahora entra uno en el «bar» y le dice al «barero»: «A la señora de la biere», y a mí azahar con éter.» Antes se decía: «Danos y danos, al cochero lo que quiera, a mi señora con selz, a la niña un mostachón, y cóbrate de la onza y bórrame de la pizarra.»

ANTONIO

Por ahí va bien el señor Julián.

PEPA

Todo se moderniza.

SEÑOR JULIÁN

Pos, que se modernice; yo jamás le llamaré «ragú» al guisao, ni «cotelettes» a las chuletas; al pan pan y al vino vino; solar es este de costumbres propias, y no necesita copiar de las ajenas; mientras las rarezas del mundo vienen a ridiculizar la indumentaria de ahora, los trajes típicos y hermosos de las regiones de España se hacen polvo en los arcones, olvidados y carcomidos por la polilla.

ANTONIO

Muy bien, señor Julián.

SEÑÁ SUSANA

Este es mi marío.

PEPA

Cá, este es Besteiro; hija, pos ni que perteneciese usté a la edaz de piedra... pomez; palabrería y na más que palabrería; a usté le ponen ahora un casco, una coraza y una espá, y en cuanto salga usté a la calle dice la gente: «¡un duro a esa sota!» (Antonio y Pepa se ríen; viejo y vieja protestan.)

SEÑOR JULIÁN

Pos mientras quede una verbena, allí estaremos nosotros.

SEÑÁ SUSANA

¡Eres un libro! Yo no sé cuál, pero eres un libro.

PEPA

Sí, señora, la gramática parda.

ANTONIO

(A Pepa.) Pero, ¿y la Carmencilla?

SEÑÁ SUSANA

¿Dónde está esa alhaja?

PEPA

Vistiéndose de griega, como dice aquí don loro. (Por Julián.)

SEÑOR JULIÁN

¡Qué más quisieras tú que una pluma de este lorito real pa hacerte cosquillas en las narices, ¡so chata!

PEPA

(A Julián.) Y usté un suspiro de esta cotorra p'andar por el mundo, don Judas.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y CARMEN que entra puerta lateral izquierda, muy engalanada, con buenos brillantes y un traje de seda. Después, una CHICA

ANTONIO

(Al ver a Carmen y jaleándola con entusiasmo.) Aquí está ya mi morena; no la pinta mejor Murillo.

CARMEN

Exagerao.

PEPA

¡Qué bonita está!
(Todos la jalean y Antonio la coge del brazo.)

SEÑÁ SUSANA

¡Vaya moza!

SEÑOR JULIÁN

Dios te bendiga.

CARMEN

¿Quién me echó esa flor?

SEÑOR JULIÁN

Servidor y peón.. sin guita.

SEÑÁ SUSANA

Semos nosotros. Carmen.

CARMEN

Con el mismo buen humor de siempre; sin verles a ustés me los figuro como otros años, echaos p'alante, con los trapitos de presumir, y sembrando pelusa por el barrio.

SEÑOR JULIÁN

Así vamos, Carmencilla.

CARMEN

Mu bien hecho; las penas vienen solas. (A Antonio que está junto a ella y mientras Pepa saca el mantón.) ¿Es así como querías verme? Pues ya me tienes con lo mejorcito del baúl, y con toda la cristalería de postín que hay en casa. (Por los brillantes.)

ANTONIO

Bueno, y ahora iremos a la verbena.

CARMEN

Tú estás loco, ¿yo a la verbena? No, Antonio, no, a la verbena no me lleves. ¡Tengo tan buenos recuerdos de ella!

SEÑOR JULIÁN

A la verbena, mujer. (Animándola.)

SEÑÁ SUSANA

Pos, claro, hija. (Idem.)

ANTONIO

Allí, a que te alegres con el sonar de los organillos y los decires de las gentes; a que vean tus amigas que estás muy hermosa; a que yo vaya presumiendo a tu lao.

SEÑOR JULIÁN

Natural, mujer, aquí nos tiés a nosotros que si no tomamos un vasito de limoná en la de Calatrava, no pasamos bien el año.

(Pepa que ya ha sacado el mantón y colocándosele a Carmen.)

PEPA

Y que vas a ir como pa que te ladren los perros; na, en tu propia salsa.

CARMEN

Pero, ¿qué es esto? (Por el mantón.)

PEPA

Una pochez de mantón que te regala tu marido.

CARMEN

Lo dicho, mi Antonio se ha vuelto loco; y qué bonito debe ser, ¿qué color tiene? (En este momento todos se entristecen; Pepa que la coloca bien los claveles que cogió del tiesto del mirador, suspira; señor Julián y seña Susana se limpian unas lagrimillas, y Antonio besa a Carmen en la frente.) ¿No me lo decís? (Después de un breve silencio.)

SEÑOR JULIÁN

No te preocupes; con ser muy hermoso lo es menos que tu cara. (Vuelven a recobrar todos la alegría.)

PEPA

¡Y que te cae mal!

ANTONIO

¡Chiquilla, qué bien te cae!

SEÑOR JULIÁN

(A Susana.) Oye, por este dan cien pesetas; más que por el tuyo.

SEÑÁ SUSANA

(Con amor propio.) ¡Miau!

PEPA

(Acabando de arreglarla.) ¡Ahí va una morena!

CARMEN

(Muy animada y adoptando una figura flamenca.) Bueno, me parece que le sé dar aire.

SEÑOR JULIÁN

Como que llevándolo tú, los chinos se sienten flamencos (A Susana.), y perdona, cotorrita, que tú también eres gente.

SEÑÁ SUSANA

Calla, chapucero.

CARMEN

(A Antonio que está impaciente mirando al reloj y como si esperara algo.) Antoñillo, cuando quieras; es tu gusto, y por ser el tuyo es el mío; vas a verme pasear por el barrio como nunca, marchosita en los andares y con mucha alegría en la cara, ¡con mucha alegría!

ANTONIO

Así te quiero yo ver, mi alma.
(En este momento sale una Chica, como de quince años, puerta foro.)

CHICA

¡Señor Antonio! ¡Señor Antonio!

ANTONIO

¿Qué pasa?

CHICA

Que abajo está su coche.

TODOS

¡Su coche! (Con extrañeza.)

CHICA

Eso ha dicho el cochero; a mí que me registren.

ANTONIO

¡Gracias a Dios!; dile que ya bajamos. (Vase la Chica.)

PEPA

¿Ha dicho tu coche? (Sin volver de su asombro.)

CARMEN

Pero, chico, ¿qué has hecho? ¡Tú no estás bien de la cabeza!

SEÑÁ SUSANA Y SEÑOR JULIÁN

¡Su coche!

ANTONIO

Pues vaya una admiración; un coche que le

he comprao a mi mujer pa que se pasee como una reina por los madriles (Vanse Pepa, Susana y señor Julián al balcón y se asoman para ver el coche. Antonio cogiendo a Carmen que parece se ha quedado triste.) ¿No te alegras tú, mi vida?

CARMEN

(A Antonio.) No, no me alegro; cuando empezaste a prosperar perdí tu querer; hoy me temo que ese coche sea algún día el coche de las juergas.

ANTONIO

No me ofendas, Carmen; le he comprao para ir juntos en él paseando nuestro amor y, como diciendo a los que nos miren, esto lo hemos ganao nosotros.

CARMEN

¿De veras?

ANTONIO

¡Te lo digo... llorando!

CARMEN

(Abrazándose.) ¡Entonces, bendito seas!

PEPA

(Que viene del balcón a Carmen.) ¡Bueno, chica, qué par de jacas!

SEÑOR JULIÁN

¡Y que madroñeras, eso es gusto! (A Susana.) ¡Y qué te tenga yo que llevar a ti en tranvía!

SEÑÁ SUSANA

¡Y que no falte!

PEPA

(A Antonio.) Chico, que sea enhorabuena, has tenío mucho gusto.

ANTONIO

Todo se lo merece su dueña.

SEÑOR JULIÁN

(Dándole la mano a Antonio.) Hijo mío, has volcao el frasco de la colonia, ¡vaya un coche pa ir a un recao! ¡Con salú lo gaste la pobre!

CARMEN

(Protestando cariñosamente.) ¡Eh! ¡eh! ¿qué es eso de pobre?

SEÑOR JULIÁN

Perdona, chica, que no me acordaba de lo del coche.

CARMEN

¿Pobre? no señor, feliz, muy feliz, y muy dichosa, dando gracias a Dios por haberme

quitao la vista pa ver mejor a mi marido, porque antes no le tenía como ahora, siempre a mi lao.

ANTONIO

Siempre a tu lao, Carmencilla, yo te lo prometo.

SEÑÁ SUSANA

Es un ángel.

(**Trata de ocultar las lágrimas. En este momento y algo lejos se oye el repicar a la verbena en la iglesia de la Paloma.**)

CARMEN

(**Muy animosa al oir las campanas.**) Vamos, vamos, que ya repican las campanitas a la verbena; ¿no las oís?, parece que es la Virgen de la Paloma la que nos llama y nos dice: «Vamos, pesaos, que os estoy aguardando.» Pues, allá vamos, Virgen mía, allá vamos, y mientras el barrio entero arde en fiestas y bailan, beben y ríen, yo, de rodillas ante ti, te ofreceré estas joyas que llevo, en acción de gracias por haberle dado a la cieguecita tan buen lazarillo.

ANTONIO

¡Mujercita buena!

SEÑOR JULIÁN

¡Vaya, vaya, que es noche de alegría!

CARMEN

¡De mucha alegría! ¡Es la noche de la verbena! ¡Allá vamos, Virgen mía, allá vamos! (Siguen las campanas repicando. Carmen se coge al brazo de Antonio; Susana al de Julián y todos se van muy alegres. Pepa contempla desde la puerta cómo se marchan y dice llorosa mientras va cayendo el telón.)

PEPA

¡La noche de la verbena! ¡mucha alegría, sí, mucha alegría, ¡pero aquellos dos luceros ya no brillan más!

FIN DEL SAINETE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La gente del bronce, poesías. (Agotada.) Prólogo de José López Silva.

Los gatos, poesías madrileñas. Prólogo de Jacinto Octavio Picón y epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.

Los castizos, poesías madrileñas. Prólogo de Mariano de Cavia y epílogo de Carlos Arniches.

El pueblo de los majos, poesías madrileñas. Prólogo de Jacinto Benavente y epílogo de Alejandro Larrubiera.

La musa de los Madriles, poesías madrileñas. Prólogo de Benito Pérez Galdós y epílogo de Pedro de Répide.

De Madrid al cielo... poesías madrileñas. Prólogo de Tomás Luceño y epílogo de Alejandro Ber.

TEATRALES

Madrileñerías.

El 1900.

La lista oficial.

La gente del pueblo.

La gente alegre.

Los botijistas.

El querer de la Pepa.
El sábado de Gloria.
La Celosa.
El Dios Éxito.
La boda.
La procesión del Corpus.
Romeo y Julieta.
La cuarta del primero.
Los charros.
Cosas de chicos.
La primera verbena.
Feúcha.
... y no es noche de dormir.
El iluso Cañizares.
La regadera.
El porvenir del niño.
El merendero de la Alegría.
¡El miserable puchero!
El sueño es vida.
Los holgazanes.
Música popular.
El rey de la casa.
La familia de la Sole o el casado casa quiere.
Las cacatúas.
Las mocitas del barrio.
La catástrofe de Burgos.
Donde hay faldas hay jaleo o el merendero de la Alegría.
Consolar al triste.
La noche de la verbena.

PRECIO: DOS PE



UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 15 06 06 002 3